

Convivencia escolar: el rostro del otro en el acontecimiento educativo

SCHOOL CLIMATE: THE FACE OF THE OTHER ONE IN THE TEACHING ACT

Susana Ismenne Burgos Vázquez* y Gabriel Montes Sosa**

Resumen: El presente artículo comunica una serie de reflexiones sobre el proceso educativo desde las ideas de Mijaíl Bajtín y Emmanuel Levinas. El objetivo es comprender desde nuestra perspectiva docente los conceptos sobre el *otro*, y el *rostro*. Ese *otro* manifiesta su rostro con un semblante en la relación que se establece en el vínculo educativo. Concluyendo que se es ya responsable y nos incumbe, nos convoca a un compromiso ineludible de dar respuesta a ese llamado de su presencia, que el *Heme aquí*, de hacer algo por el *otro* crea un horizonte de posibilidades en el trato cálido y afectuoso que se debe tener con el *otro* en su singularidad y en el acompañamiento en el acto educativo.

Palabras clave: otro, educación, rostro, responsabilidad, afecto, bondad.

Abstract: The article shows a series of thoughts about the teaching process based on the idea of Mijaíl Bajtín and Emmanuel Levinas. The objective is to understand from our experience of being teachers, the concepts of *the other one* and *face*. That other one manifests its face in the relationship that it develops with the teaching bond. Concluding that he/she is liable and we are subject to an unavoidable commitment of answering with our presence, the *Here I am*, of doing something to help the other one, that other person, which in turn creates a horizon of possibilities and opportunities in the warmth and caring treatment, which has to be provided on the teaching act.

Key words: Other one, education, face, responsibility, affection, kindness.

Recibido: 08 Marzo 2021 / Aceptado: 22 Abril 2025

*Maestría en Educación Superior, Universidad La Salle Benavente, Puebla, México. Correo electrónico: naos230@hotmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-7810-7444>

**Doctor en Psicología, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México. Correo electrónico: laikatiti@hotmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-5790-8787>

«Todo lo que hacemos se asoma al infinito»

Vincent Van Gogh

El acto educativo es un espacio de encuentro y de aprendizaje donde se hace presente uno mismo ante los otros, en ese espacio-tiempo, la acción de reconocer al otro genera la legitimación de uno mismo como un ente que valora, comprende e interactúa desde la perspectiva del otro la realidad que éste le presenta. De tal forma que, en el acto educativo se da el “acontecimiento” del único e irrepetible que enmarca la vida del sujeto en donde las decisiones se tornan en responsabilidades y consecuencias de nuestro pensar y de nuestro actuar y sobre todo de la manera en cómo somos conscientes o inconscientes de experimentar la vida misma.

De tal forma, que el «acontecimiento del ser» solo se presenta a partir del reconocimiento y la aceptación de la singularidad de los sujetos que interactúan entre sí y que logran comunicarse en un plano más profundo en donde la experiencia vivida (término perteneciente a Edmund Husserl), emana de la reflexión constante de nuestras acciones y de sus alcances y en la modificación de nuestro actos que se dirigen a la integración y aportación de cualidades que permitan una reconstrucción social para el progreso de la humanidad.

Desde estas condiciones, el profesorado se convierte en un portal que permite al otro, (cualquiera que este sea: estudiantes, homólogos, padres de familia, entre otros), conocer diferentes horizontes de posibilidades en su proceso de formación integral porque en la emergencia de esta realidad agobiante a los docentes se nos ha heredado la responsabilidad de no solo formar desde y para el conocimiento sino desde el ser y para la formación del ser humano.

En este sentido, se presenta una serie de reflexiones desde las ideas de Mijaíl Bajtín sobre el otro que se evocará en «ser» y desde nuestra perspectiva como docentes del proceso educativo. Asimismo, se pretende reconocer al «otro» como elemento principal de legitimación personal y crecimiento social, por lo que se busca esbozar en «él» un rostro, cuyo semblante sea otorgado por las acciones cotidianas del docente en el acto educativo.

Finalmente, se pretende que, a través de las «miradas» de Emmanuel Levinas, en combinación con las ideas de estos autores, el presente documento se convierta en una lectura reflexionada y que permita al lector generar una revisión de su ser y de su proceder educativo y decida como compromiso ineludible la creación de la mejor versión de sí mismo y de su presencia ante los demás.

El otro

«Mi responsabilidad para con el Otro supone un volteamiento tal que no puede marcarse más que por un cambio de estatuto de «mí», un cambio de tiempo y quizá un cambio de lenguajes»

(Citado por J. Roland: Les intrigues du social et de justice, Esprit, mai-1984, no.5: 150-161).

Para Mijaíl Bajtín (2001) cualquier actividad que define al ser humano es la relación con el otro; éste es el acto creador, su ética está basada en las relaciones que establece el yo con el otro y se habla entonces de un compromiso específico en la medida que hay un lugar de encuentro; acto en el que acontece un flujo de experiencias vividas en el espacio escolar que se encuentra en una temporalidad que se comparte, bajo el principio de objetivos personales en el que interactúan elementos comunes con los otros sujetos, estableciendo así el inicio de un proceso de interacciones afectivas-cognitivas-conductuales-emocionales y sociales entre el docente y sus estudiantes.

No obstante, dicho proceso debe, en su complejidad exigida, ser percibido sin prejuicios que limiten la interacción entre el profesorado y el alumnado. Para ello, basta decir que los prejuicios se nos presentan como voces inesperadas ante la franca soledad y esperanza de un inicio temprano en el salón de clases. ¿Cuántos de nosotros hemos escuchado aun sin desearlo las opiniones y recomendaciones de nuestros homólogos sobre ciertos estudiantes, que lejos de permitirnos descubrirlos nos llevan en una mediatez absoluta a determinadas conductas aun antes de conocerlos?, y que decir de aquellos estudiantes que reciben en su búsqueda la preconcepción de imágenes de uno mismo como profesorado pero que obedecen a los «recuerdos viscerales» del alumnado y no a una descripción de la persona misma.

El proceso es el mismo para ambos sujetos, ambos han escuchado «El canto de las sirenas» y ninguno tiene ahora en sus manos la cera completa para mantenerse a salvo. Para algunos afortunados, las voces desaparecerán a través del tiempo en donde el trato del uno a uno provocará al principio una relación preestablecida, dicho acto dejó de ser natural para convertirse en una defensa automatizada, para poco después y si los sujetos lo permiten, transformar esa relación en el descubrimiento del otro. Por otra parte, «los otros», aquellos que nunca supieron cómo evitar las voces y construyeron barreras terminaron por convertirse en sirenas que cantará en su trayecto a navegantes incautos.

Pues bien, para evitar no sólo el canto de las sirenas sino convertirnos en una, debemos aprender a conocernos-reconocernos como profesionales de la educación, para ello es importante conocer y estar conscientes de nuestra biografía de vida, de nuestras habilidades, nuestra actitud ante la vida, ante el trabajo y ante el humano mismo y reconocer nuestra labor y esfuerzo por el que hemos pasado y que ha sido la tinta con la que hemos escrito nuestra historia docente, es menester, entonces marcar con colores las rutas que nos han llevado a construirnos como maestros, recorrer

las partes que forman nuestra figura y que intermitentemente han sido reconstruidas y deconstruidas por las experiencias de nuestro acto educativo; debemos compartir nuestro peregrinaje porque al hacerlo nos convertimos en seres autónomos, valiosos, y con identidad propia.

El camino es largo y en innumerables situaciones también es tortuoso pero el beneficio llega cuando decidimos compartirlo con todo el estudiantado, no estamos diciendo que hablemos en clase de nuestras vidas porque estaremos en peligro de convertir este bello acto en un monólogo, sino que, recurramos a la comunicación que se da a través del ejemplo, esta bella comunicación que se da en el silencio y que despierta aún más maravilla y reconocimiento en los otros. La experiencia nos dicta que es el camino, los estudiantes, los padres, las autoridades reconocen el trabajo no desde aquel que lo pregona sino desde aquel que hace lo que debe, cuando debe y cómo debe y un poco más, (porque reconozcamos que los docentes siempre hacemos más de lo estipulado, pero difícilmente los otros lo notan).

Es así como poco a poco el reconocimiento del trabajo de un docente y del «ser docente» se impregna en el salón de clases, en la institución y en la sociedad; cuando los estudiantes reconocen a un docente por su labor y su persona y no sólo como figura institucional, nos ven como personas que al igual que ellos se cansan, erran, deciden y sueñan, entonces, emana el reconocimiento del uno en el otro no por el que ha sido impuesto sino por el que ha iniciado su peregrinaje con antelación.

Una arista importante que considerar es la presencia de las instituciones educativas en la vida de los estudiantes y de los docentes, debemos cuestionarnos si nosotros, desde nuestro rol docente y ellos como estudiantes, hemos logrado desarrollar una identidad institucional, o bien, solo ocupamos el espacio como lugar de encuentro. La institución es responsable de proporcionar los elementos y recursos que permitan la formación integral de las personas incluyendo aquellos que son intangibles.

Un ejemplo de ello, es el Modelo Educativo Jesuita el cuál ha formulado un término recuperado de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, «*Cura personalis*», es decir, el cuidado de la persona, donde se acompaña al alumnado en su formación humanística e integral, tomando en cuenta factores como la diversidad cultural, las condiciones de vida de las que provienen, entre otros, de esta manera, se pretende que el docente genere un ambiente de confianza y sobre todo de acompañamiento, el cual permita conocer lo que les acontece a los estudiantes, y así mismo, posibilitar un desarrollo en primer lugar personal y luego, profesional del sujeto.

Es importante para este modelo formar y ser formado a través de la «*Cura personalis*», en donde los sujetos que involucran el proceso de enseñanza-aprendizaje tienen un rol específico. Por un lado, para los estudiantes la «*Cura personalis*» se manifestará en la sociedad desde los actos de «dar» y «recibir». (Kolvenbach, 2007, p. 10) Por otra parte, para los docentes, la «*Cura personalis*» consiste en llamar la atención, en velar, poner en guardia y advertir (Kolvenbach, 2007, p. 15). Es indispensable considerar que es lo que como institución ofrecemos a nuestros estudiantes y docentes, pero sobre todo como es que trascendemos ante la sociedad a través de ellos.

Un acto de reconocimiento es el preguntar al otro, nosotros preguntamos para legitimar lo que sabemos o bien, para buscar nuevas formas de pensamiento que nos permitan encontrar o descubrir lo que estoy buscando, pero ¿a quiénes les preguntamos? y ¿qué preguntamos? Como docentes debemos cuidar nuestras ideas y transmitir las conociendo previamente el contexto desde el que parte la pregunta. Esto es porque cuando un alumno pregunta a un docente para descifrar su realidad, el docente tiene ya un reconocimiento por parte del estudiante y este reconocimiento obliga al docente a ser responsable de la nueva reconfiguración de ideas del estudiante, de no hacerlo o de hacerlo desde lo superfluo, estamos condenando al estudiante a vivir en la oscuridad de su propia ignorancia de cohabitar con la incertidumbre que al inicio fue el motor del acercamiento con el docente.

¡En el profesorado no hay respuestas correctas o perfectas, así como tampoco hay respuestas objetivas! Nosotros somos objetividad e intersubjetividad porque es un complemento y ante las preguntas de la realidad o de la vida de nuestros estudiantes, de decisiones trascendentales, para ellos, un solo camino no es el indicado, pero en ese preciso momento si lo es una sola persona (ustedes), si lo niegan, si trasladan esa responsabilidad a otra persona, si deciden abandonar a quien acaba de pedir ayuda, estarán perdiendo mucho más que el reconocimiento de un alumno, se estarán perdiendo de un encuentro único e irreplicable de un «acontecimiento del ser», en el cual, el estudiante se busca a través de sus ojos.

Bubnova (2000) señala:

“Lo que sucede entre nosotros es, entonces un «acontecimiento del ser», un suceso dinámico, abierto, que tiene carácter de interrogación y respuesta a la vez, y una proyección ontológica: el «acontecimiento del ser» es, en ruso *sobytie bytya*, un «ser juntos en el ser». Cualquier acto nuestro cuando no es fortuito, sino que obedece a la tensión permanente del deber ser que proviene de la presencia del otro, es un acto entendido específicamente como un «acto ético», un *postupok*, un proceder que contrae responsabilidades y consecuencias”.

Por lo tanto, es menester decir que el acto educativo convoca a un momento genuino de encuentro y de conocimiento, es decir, a un deseo de saber. Dicho encuentro debe establecerse desde una simetría basada en una racionalidad argumentativa, que pase de un poder-hacer, a un saber-hacer, es decir, donde la experiencia a través del diálogo afable toma matices de proyectos a realizar en la vida del estudiante. En este sentido, el diálogo une a los sujetos en una dualidad de lo ajeno y de lo propio, llevándolos a través de la comprensión en reconocerse así mismo en el otro.

Al respecto, Bajtín (1997) nos señala que:

“La importancia del «actuar» en donde nuestro actuar responsable está basado en el reconocimiento de nuestra singularidad del deber ser y del «deber estar», acompañando en el peregrinaje ahora de nuestros estudiantes. Por primera vez, un proceder responsable acompañado de su gravedad real, su obligatoriedad, es fundamento de la vida en cuanto al acto ético, puesto que «ser» requiere no ser indiferente” (p. 50).

El «acto responsable» es uno de los varios conceptos que Bajtín incluye en su retórica, él nos invita a ser partícipes del acto responsable como algo que nos acontece a nosotros mismos, que puede llegar a ser requerido por diferentes sujetos (alumnos, homólogos, etc.), y como una situación en la que además de observadores somos actores; Batjin (2000) lo refiere metafóricamente como un documento firmado en el que cada acto debe verse como un sello que preserva una alianza, es decir, somos autores de nuestros actos y sin duda dejamos huellas en el otro, pero ahora, desde el acto responsable no será más desde una jerarquía sino desde una complicidad.

Es así como, el ser el espejo del estudiantado, nos da la cualidad de poder develarlos a ellos mismos desde una forma cuidada, frágil pero real, no es fácil llegar a esta situación y menos que nuestros estudiantes estén abiertos a verse tal como son a través de nosotros, pero de no hacerlo ¿quiénes lo harían? Podríamos decir que los padres, los abuelos, si es que los hay en ambos casos, pero sabemos que nuestros estudiantes no se muestran como lo hacen con nosotros. Llegados a este punto, los estudiantes lograrán develarse sin presiones ni anhelos familiares que nunca dejan de acosarlos.

Ante dicha situación, como docentes tenemos la oportunidad de establecer ciertos lineamientos sobre su formación, de acuerdo con la experiencia y la reflexión, siendo esto una ética de «comunicar al otro lo que no ve», y así en una comunicación un sujeto dice que lo que logra ver del otro y su compañero logra expresar lo que necesita compartiendo una realidad desde diferentes perspectivas.

Expone Bajtín (2000):

“El yo y el otro son las principales categorías axiológicas que por primera vez hacen en general posible cualquier valoración real, siendo que el momento de valoración o, más exactamente, la orientación axiológica de la conciencia tiene lugar no sólo en el acto ético en sentido propio de la palabra, sino en cada vivencia incluso en la sensación más simple: vivir significa ocupar una posición valorativa en todo momento de la vida, establecerse axiológicamente” (p.124).

Es por ello, la urgencia de plantearnos como docentes una actitud dialógica, que sea una forma de pensar la presencia del otro, como elemento de comprensión, lo cual implica un ir y venir de conversación, sin prejuicios en donde “la única forma adecuada de la expresión verbal de una auténtica vida humana es el diálogo”, (Bajtín, 2004. p. 165) en donde se manifiesta el otro (otro tipo de docente, otro alumno, otra persona) que emerge de lo cotidiano, pero ahora con una perspectiva más amplia; ahora se convierte en un llamado.

No olvidemos que la otredad es la brújula de todo tipo de relación, principalmente las sociales. La otredad nos permitirá coadyuvar en espacios y tiempos diferentes en donde habrá sin duda sombras que no nos están indicando obstáculos, sino que nos señalan que hay luz en el camino.

El rostro

“Le visage n'est pas “vu”.
“Lo a la vista no es visto”.

El estudiantado es un ser que tiene voz y que, por ello, en el mejor de los casos se le escucha y se le atiende, sin embargo, a veces somos sordos ante tantas voces; y es que no es fácil escucharlos porque desde un principio la cantidad de estudiantes que nos son asignados nos desborda en nuestra persona y entre tantas voces emana un ruido sordo. ¡Qué razón la de Sabato! Al igual que él, creemos que sería más fácil que el mundo utilizara palabras claras para decir lo que siente, lo que piensa, así todo sería posible.

Entonces, ¿que nos queda? Pues, como docentes recurrimos al rostro de nuestros estudiantes, aquel que es más fuerte que su propia voz, en éste se puede observar un sinnúmero de emociones que acogen en su ser y que tantas veces desde nuestra distancia nos preocupan y nos llevan al desvelo.

El alumnado tiende a remplazar las palabras por miradas que nos proyectan más que cualquier vocablo que ellos elijan y que aun sin deseirlo nos invitan a preguntar que acontece en su ser. Todos y cada uno de los rostros que atendemos en el salón de clases nos dicen algo y tienen el poder de reconfigurar nuestro actuar. Para ello, al igual que Levinas (2008), consideramos que el rostro no se reduce al color del cabello u ojos, sino a la presencia del ser. Él señala:

“...positivamente, diremos que, desde el momento en que el otro me mira, yo soy responsable de él; su responsabilidad me incumbe. Es una responsabilidad que va más allá de lo que yo hago. Habitualmente, uno es responsable de lo que uno mismo hace. Es otro modo de ser, en donde la responsabilidad es inicialmente un para el otro”, (p. 80).

Sin duda alguna, se puede comprender que las voces de nuestros estudiantes hagan ruido en nuestra cabeza y como docentes se nos dificulte entender lo que expresan, también se debe considerar la posibilidad de que en algunos estudiantes, su voz es apenas un tímido murmullo que se pierde ante las otras voces, no obstante, durante nuestro caminar en el salón de clase, en la escuela, en la calle, podemos ver los rostros de nuestros estudiantes que nos llaman y es ahí cuando la presencia del otro convoca al compromiso ineludible de dar respuesta a ese llamado, en este sentido, acompañar su formación es crucial, pues nada nos es ajeno, por ser el otro mi semejante.

Es así como Levinas (2006) utiliza el término rostro no como metáfora, sino como posibilidad de realidad, de tal forma que el rostro del otro se devela como infinito que nos incumbe, es decir, que va más allá de lo que hacemos e implica un esfuerzo mayor de nuestra parte porque se ha convertido en nuestra responsabilidad humana y profesional de atenderlo. Desde nuestro rol es indispensable no guardarse nada, no debe haber indiferencia ante la mirada del otro.

De este modo, mirar al otro es concebir al otro metafóricamente como: huérfano(a), viuda(o), extranjero/a, como sujeto de falta o cómo alguien que necesita compañía; concebirlo así permitirá llevarlo a una cercanía afable con nosotros, y es ahí donde se manifestará una ética del semblante de su rostro en los acontecimientos de lo cotidiano que no tiene distancia del acontecimiento educativo.

Como docentes somos responsables de cambiar la mirada de nuestros estudiantes en donde se transformen en una mirada cálida y afectuosa, que permita a las miradas de llegada en el primer día de salón de clases sean sí de incertidumbre, pero también de emoción porque han conocido a un docente con humanidad que les transmitirá día con día la confianza de saber que no importan cuantos caminos se deban de transitar: todos nos llevará a un descubrimiento. Nuestros alumnos deben saber a través de nuestro rostro que su formación está resguardada, que somos sus protectores, sus guardianes y que además somos capaces para formarlos desde su propia unicidad respetando siempre su persona y llevándolos a potencializar sus valores, habilidades y destrezas a través del amor y del conocimiento mismo.

Por nuestra parte, la mirada que tenemos el profesorado es la que la experiencia nos ha heredado, así como aquellos docentes que han recién iniciado su camino y transmiten su entusiasmo, así mismo, develamos nuestros días difíciles, complicados, nuestro cansancio, nuestra preocupación, nuestros logros, nos convertimos en un libro abierto para aquel que quiera aprender y en un medio de contagio para aquel que nos ha leído y que no encuentra emoción o amor en nuestras vidas como docentes, es por ello, que debemos cuidar nuestra mirada porque en ella se evidencia nuestra biografía.

El profesorado debe mantener un rostro sereno, en donde la voz de la experiencia se refleje sin limitantes para quienes son nuestra audiencia, en cada contacto con nuestros estudiantes nuestra voz y mirada permanecerá en sincronía, que proporcionará un camino de paz y seguridad hacia la sabiduría porque finalmente partimos del entendimiento de nuestro otro.

¡Compañeras y compañeros docentes te proponemos que a través de tu rostro se vislumbre un ser humano íntegro que proyecte las infinitas posibilidades de desarrollo que podemos proveer al estudiante y de las que podemos reconstruirnos nosotros mismos, porque creemos que a través de la posibilidad y de la calidez nuestros estudiantes pueden sentirse acogidos y protegidos! Saber que el ser responsable del otro, dice Levinas (1997) es asimétrica, es decir, somos responsables del otro, sin esperar reciprocidad, ese es asunto suyo... “el yo tiene siempre una responsabilidad de más que los otros” (2008). Esto es, no esperar nada del otro, porque el amor no espera retribución y el entendimiento sólo podrá emanar del amor que me tengo y que manifiesto en la otredad.

Durante nuestra vida docente existen momentos en los que nos entregamos sin miramientos; y decimos momentos porque a veces los desafíos que la realidad presenta nos obligan a dar pasos más cautos, a quedarnos estáticos, sin embargo, no dura demasiado, la vida nos sorprende y el amor por lo que hacemos y a quien servimos, porque la docencia es el servicio con el otro, nos hace recordar que tenemos un trabajo que finalizar.

En este sentido, señala Levinas (2001) refiriéndose a Vasili Grossman (2019) que la *bondad pequeña* entre un hombre y su prójimo, —nosotros diríamos entre el alumnado y el profesorado—, es considerar la singularidad de ese momento, dejando de lado la posible universalidad, y, por tanto, recuperar ese breve espacio de proximidad irreductible de ser responsables del prójimo en el acontecimiento educativo.

Así que reiteramos al espacio escolar como lugar privilegiado de formación y reflexión sobre todo aquello que acontece en su inminente interconexión y enlazamiento con lo que se encuentra a su alrededor, para recrear y crear conocimiento por las experiencias vividas.

Nuestra responsabilidad como docentes es intransferible. Ya Levinas (2008), de manera incisiva, decía: “Yo puedo sustituir a todos, pero nadie puede sustituirme, tal es mi identidad inalienable del sujeto. En este sentido, Dostoievski (1880) dice: «todos somos responsables de todo y de todos ante todos y yo más que todos los otros» (pág. 85). Es así como el reconocimiento de ser único e irreplicable recae en cada una de las personas que nos rodean, asimismo, cada uno de nuestros estudiantes gozan de una singularidad conmigo, el reconocer que todos somos diferentes pero que todos formamos una sociedad que nos sitúa en un presente que también nos marca en una identidad.

Entonces es pertinente preguntarnos: ¿De qué forma trascendemos en los otros?, porque la importancia de nuestra existencia es trascender, crear puentes para que quienes lo deseen lleguen más lejos de lo que he llegado yo, que mi existencia sea un puerto de paz y tranquilidad para aquel que busca refugiarse y aprender, que en lo poco o en lo mucho puedo y soy dador de la felicidad. ¿Cuál sería el objetivo de vivir haciendo todo bien si no soy feliz? Así mismo, debemos ser conscientes y aceptar que los semejantes trascienden en mí, y que de cualquier forma nos influye en como vivimos. Es mentira decir que no somos afectados por lo que nos rodea, nosotros somos un sistema y como tal estamos conectados e interconectados a un todo. La pregunta sigue siendo la misma: ¿De qué forma quiero trascender?

Una de las maravillas del acto educativo es que transcendemos en la vida de nuestros estudiantes, transcendemos por un curso, por una etapa de crecimiento o transcendemos en la vida misma de ellos. Además, no somos ciegos a tal fenómeno, nosotros somos testigos de poder ver la forma en como afectamos a los sujetos que nos rodean en la escuela por lo que ser conscientes de nuestra presencia en el acontecimiento educativo debe ser desde las palabras de Levinas (2008) el: “Heme aquí”.

Levinas significa que el “Heme aquí” es hacer algo por otro, esto es, dar todo en el acto educativo, dar nuestra presencia, nuestro conocimiento, nuestra experiencia, sin esconder quien soy, en síntesis, entregar por completo mi ser y mi saber al otro, porque en ocasiones se nos olvida que nuestro estudiante es una persona en formación, que necesita ser guiada, aconsejada, acompañada dentro de una dialéctica de interacciones afectivas-cognitivas.

Somos conscientes que como docentes proporcionamos más tiempo que el consumido dentro de un salón de clases, procuramos que el interés por enseñar crezca en nuestra labor, sin embargo, somos conscientes de ello de manera negativa, no dejamos de culpar a las asignaciones administrativas de consumir nuestras vidas de manera burocrática, sin sentido, pero tenemos la capacidad de reconfigurarlo, si no podemos evitar realizar el cúmulo de trabajos requeridos, si podemos hacerlos desde una aptitud positiva, de creación y recreación. Pensemos que el tiempo lo regalaremos, pero no a un papel, sino a humanos que nos necesitan. Sabemos que pensar de esta manera es pensar románticamente pero acaso ¿estaría tan mal hacerlo? A veces las piedras que irrumpen en nuestro camino son incómodas y debemos aceptarlas por el simple hecho de que ellas forman parte de nuestro sendero.

El semblante del rostro es importante para todos, este nos transporta a la realidad no hablada, aquella que callamos pero que es tan urgente de atender. El compromiso recae en “entregarse” porque este será el único camino para reconocernos y reencontrarnos.

Conclusiones

«Cada niño merece tener a un campeón,
un adulto que nunca dejará de creer en ellos,
que entienda el poder de la conexión,
y les insista en que llegarán a ser
lo mejor que pueden llegar a ser».

Rita Pearson

Desde nuestra experiencia y compartiendo las opiniones y sentimientos con otros docentes sabemos que el acontecimiento educativo es trágicamente agotador, puesto que las dimensiones en las que debemos de trabajar son demasiadas. Los sujetos por ser únicos requieren un trato específico cada uno de ellos, porque en el acto edu-

cativo la generalidad no debe existir, aunque sea la puerta más cercana al descanso de un profesor.

Los caminos que se nos presentan cada ciclo escolar exigen una reconstrucción constante con elementos que no nos son proporcionados, situación que debemos ignorar y trabajar con lo que podamos reunir y elaborar en nuestra actividad docente, por si fuera poco los padres de familia no tienen contacto con nosotros salvo necesitan cualquier cosa que muchas veces termina más por una escucha pasiva de nuestra parte, ¡y que decir respecto a la apertura por ayudarnos a la formación de sus hijos e hijas, por reconocer que ellos son los responsables de la formación de un ser humano!, pareciera que en este caso les han arrebatado a los navegantes toda su cera.

Son muchos los desafíos que enfrentamos en nuestro acontecer, estamos cansados de luchar contra la marea social que día a día nos despoja del respeto que nos corresponde y que termina por ahogar a docentes que nunca comprendieron que este no es un trabajo como otro, este es un trabajo en el que el dominio de conocimiento es uno más de requisitos para trabajar, el verdadero pilar es el “espíritu de servicio que uno debe tener para con el otro”, de no saberlo, la lucha contra marea se convierte en nuestro fin.

Como catedráticos tenemos ese espíritu inquebrantable de lucha, que nos hemos forjado la paciencia de moldear caminos y formar personas, que estamos en el día a día con nuestros alumnos; los convocamos a no claudicar, a construir juntos lugares privilegiados de comunicación y consulta en cada salón de clases, en cada lugar a donde moremos, porque nosotros somos y seremos la voz de las necesidades y anhelos de nuestros estudiantes y porque somos nuestra voz es en donde decimos que las cosas siempre pueden mejorar.

Tal empresa no es fácil, lo sabemos, pero ustedes y nosotros no estamos solos, caminamos juntos. Utilicemos todo lo que tenemos al alcance para ser mejores, para prevalecer en esta realidad que tanto clama atención, realicemos obras de conversión en donde a través de la escucha y del habla la comunicación efectiva y empática emane en actos de amor, de enseñanza, de respeto y de valor hacia el otro, es tiempo de vernos en la otredad y de decidir la forma en que queremos trascender.

El camino debe edificarse desde el diálogo, y ser, uno de los signos de nuestras huellas en nuestra relación con los otros, puesto que se encuentran en un proceso de formación en un saber-hacer, en recuperar su práctica, su experiencia vivida que genera un saber y por tanto posibilite libertad y bondad en el hacer.

Así el aceptar los comentarios de las alumnas y los alumnos, así como ese semblante que se nos presenta y nos llama a atenderlo. Ese *heme aquí* dispuesto a dar todo por el otro, sin esperar nada a cambio, actuando de manera generosa y con un lenguaje de disposición.

Sin lugar a duda, es de gran importancia saber de qué forma podemos establecer esa relación con nuestro alumnado y así como en su momento en la Odisea, Penélope tejía en el día y destejía en la noche hilos para ganar tiempo, así nosotros debemos saber de qué manera en el acontecimiento educativo es oportuno tejer y destejer los hilos necesarios para una buena formación.

Lo narrado anteriormente, parte de la premisa que los conceptos señalados pudieran parecer abstractos —puesto que dan la impresión de que son indeterminados, insondables e inefables—, no obstante, no son inútiles, pues permiten pensarlos desde lo cotidiano y convertirlos en un acontecimiento que posibiliten una habitualidad. Asimismo, es importante considerar la renovación que se debe tener, es decir, que si bien es significativo que se vuelva hábito lo narrado, es también importante reflexionar sobre acontecimientos que nos deshabituán para hacer los cambios en la interacción en el proceso de formación educativa.

Referencias

- Bajtín, M. (1997). *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*. Antrhopos.
- Bajtín, M. (2000). *Yo también soy. (fragmentos sobre el otro)*. Taurus.
- Bajtín, M. (2004). *Estética de la creación verbal* (3.ª ed., trad. T. Todorov). Siglo XXI Editores.
- Dostoievski, F. M. (1880). *Los hermanos Karamázov*. (p.85). Publicado originalmente por entregas en *Russkiy Vestnik* (1879–1880); edición completa en noviembre de 1880.
- Grossman, V. (2019). *Vida y destino*. Galaxia Gutenberg.
- Kolvenbach, Peter-Hans. (2007). "Cura personalis". *Revista de Espiritualidad Ignaciana*, No.114. Disponible en: <http://www.cpsjsj.org/revista-de-espiritualidad-ignaciana-en-la-web/>
- Levinas, E. (1977). *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad* (D. E. Guilloit, Trad.). Ediciones Sígueme.
- Levinas, E. (2001). *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*. Pre-textos.
- Levinas, E. (2006). *Totalidad e infinito ensayo de exterioridad*. Sígueme.
- Levinas, E. (2008). *Ética e infinito*. La balsa de medusa.